

REINVENTAR LA GEOGRAFÍA: ENTREVISTA CON DAVID HARVEY

Después de la guerra, el campo típico de investigación marxista ha sido la historia. Tu trayectoria fue más original. ¿Cómo te convertiste en geógrafo?

Existe una respuesta trivial, aunque en realidad profunda, a esta pregunta. De niño, a menudo deseé escaparme de casa, pero siempre que lo intentaba me resultaba muy incómodo, así que regresaba. Entonces decidí escaparme con la imaginación, gracias a ella al menos el mundo resultaba un lugar muy abierto; comp tenía una colección de sellos que mostraba todos esos países mediante un monarca británico en sus sellos, me parecía que todos ellos nos pertenecían a nosotros, a *mí*. Mi padre trabajaba de capataz en un astillero en Chatham, un lugar con una tradición naval muy fuerte. Vívamos en Gillingham. Una vez al año durante la guerra nos llevaban a tomar el té al astillero, en un destructor; la aventura de alta mar y del imperio me causó una fuerte impresión. Mi primera ambición era unirme a la marina. De modo que incluso en los tenebrosos días de 1946-1947, inmediatamente después de la guerra, existía todavía un imaginario que rodeaba todo este mundo imperial. Leer acerca del mismo, dibujarlo en los mapas, se convirtió en una pasión durante mi infancia. Más tarde, durante mi adolescencia, recorrí en bicicleta todo el norte de Kent, aprendiendo bastante acerca de la geología, la agricultura y el paisaje de nuestro entorno local. Disfruté en gran medida de esta forma de conocimiento. De manera que siempre me he sentido atraído por la geografía. En el colegio también me sentía poderosamente atraído por la literatura. Cuando ingresé en Cambridge, en aquellos tiempos aún era poco habitual para un muchacho de mi extracción, elegí geografía en lugar de literatura en parte debido a que tuve un profesor que se había formado en Cambridge, él me aclaró que si uno estudiaba inglés allí no se dedicaría tanto a leer literatura como a leer a F. R. Leavis. Consideré que podía leer literatura por mi cuenta, y no necesitaba que Leavis me dijera cómo hacerlo. Así que preferí seguir la senda de la geografía, a pesar de que, desde luego, nunca dejé de interesarme por la historia y la literatura.

En Cambridge, la escuela de geografía era bastante importante y estaba bien asentada, lo que me permitió adquirir un conocimiento básico de la disciplina tal y como se desarrollaba en Gran Bretaña en aquel tiempo. Continué allí mis estudios de doctorado, sobre la geografía histórica de Kent en el siglo XIX, centrándome en el cultivo del lúpulo. De hecho, mi primera publicación,

sobre el tema de la elaboración de la cerveza apareció en la propia revista de Whitbread, la empresa cervecera; siendo estudiante graduado gané diez libras gracias a un texto publicado junto a un artículo de John Arlott.

Tu primer libro, Explanation in Geography¹, publicado en 1969, constituye una aportación a la disciplina llena de confianza y de un alcance ambicioso. Sin embargo, al parecer, proviene de un entorno positivista muy específico, ¿se trata de un horizonte de referencia exclusivamente anglosajón, carente de cualquier legado proveniente de las tradiciones alternativas en geografía infuyentes en Francia o Alemania?

En *Explanation in Geography* trataba de buscar una respuesta a lo que consideraba un problema central de la disciplina. Tradicionalmente, el conocimiento geográfico había estado extremadamente fragmentado, orientado a enfatizar en gran medida lo que se denominaba «excepcionalidad». De acuerdo con la doctrina establecida, el conocimiento adquirido mediante la investigación geográfica es diferente a cualquier otro tipo de conocimiento. No es posible establecer generalizaciones o sistematizarlo. No existen leyes geográficas; no existen principios generales a los que se pueda apelar; lo único que se puede hacer es salir ahí afuera y estudiar, pongamos por caso, la zona seca de Sri Lanka, y pasarse toda la vida tratando de comprenderla. Quería hacer frente a esta concepción de la geografía insistiendo en la necesidad de comprender el conocimiento geográfico de un modo algo más sistemático. En aquel momento me parecía evidente que había que recurrir a la tradición filosófica del positivismo que, en la década de 1960, continuaba incorporando como parte de sí un poderoso sentimiento, proveniente de Carnap, acerca de la unidad de la ciencia. Éste es el motivo por el que me tomé a Hempel y a Popper tan en serio; pensé que debía existir algún modo de usar su filosofía de la ciencia para contribuir a la construcción de un conocimiento geográfico más unitario. Se trataba de un momento en el que, en el seno de la disciplina, existía un fuerte movimiento que apostaba por la introducción de técnicas estadísticas y nuevos métodos cuantitativos a la investigación. Se podría decir que mi proyecto consistía en desarrollar la vertiente filosófica de esta revolución cuantitativa.

¿Qué puedes decirnos acerca del papel externo que jugó la disciplina a medida que se iban produciendo estos cambios? Históricamente, la geografía parece haber ocupado una posición más prominente dentro de la cultura intelectual general en Francia o en Alemania, donde ha estado más vinculada con cuestiones públicas centrales, que en Grail Bretaña. La línea de la geografía de Vidal de la Blache, que desemboca en la escuela de los Annales, se dedica inequívocamente a la problemática de la unidad nacional; von Thünen, en Alemania, a la industrialización; Haushofer, a las estrategias geopolíticas de la expansión imperialista; se dio asimismo una versión eduardiana de esto en Mackinder, aunque de un modo más marginal. ¿Dónde cabría situar la geografía británica de posguerra?

En la década de 1960 estaba bastante más conectada que en cualquier otro lugar con la planificación, la regional y la urbana. En aquel momento existía una cierta vergüenza sobre toda la historia del imperio, y un desacuerdo con

¹ Ed. cast.: *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

respecto a la idea de que la geografía no podía o debía jugar un papel global, cuanto menos conformar estrategias geopolíticas. El resultado se tradujo en un enfoque fuertemente pragmático, un intento de reconstruir el conocimiento geográfico como instrumento de la planificación administrativa en Gran Bretaña. En este sentido, la disciplina se hizo bastante funcionalista. Para que te hagas una idea sobre esta tendencia te diré que, en mi opinión, apenas existen campos en la investigación en los que la palabra «urbano» pueda ser considerada como el centro de la disciplina. La historia urbana es, en lo esencial, una forma más bien marginal; la economía urbana es asimismo un terreno marginal; y lo mismo sucede con la política urbana. Mientras, la geografía urbana era realmente el centro de mucho de lo que estaba sucediendo en la disciplina. Asimismo, en la vertiente física, la gestión medioambiental se ocupa de manejar recursos locales de una forma un tanto peculiar. Así pues, en mi opinión, la presencia pública, bastante fuerte, de la geografía en Gran Bretaña operó en estas tres áreas específicas; no se proyectó hacia fuera mediante una formulación intelectual grandiosa, como la que se podía encontrar en Braudel o en la tradición francesa. Es preciso recordar que para muchos de nosotros, que teníamos ciertas ambiciones políticas en relación a esta disciplina, planificación racional no era una palabra mala en la década de 1960. Era el período de la retórica de Harold Wilson sobre el «toque mágico de la tecnología», un momento en el que la eficacia de la planificación regional y urbana iba a suponer una palanca para la mejora social del conjunto de la población.

Aun así, un rasgo sorprendente de tu obra Explanación es la ausencia en ella de toda nota política. Se lee como un tratado puramente científico, carente de cualquier mención que se refiera a preocupaciones de este tipo. Uno jamás adivinaría a partir de esta obra que su autor habría de convertirse en un radical convencido.

Bien, mi orientación política en aquel momento se situaba cerca del progresismo fabiano, motivo por el que me sentía seducido por las ideas de la planificación, la eficacia y la racionalidad. Leía a economistas como Oskar Lange, que pensaban en esta línea. De modo que en mi mente no existía ningún conflicto real entre la aproximación científica racional a las cuestiones geográficas y una aplicación eficaz de la planificación a las cuestiones políticas. Sin embargo, estaba tan absorbido en la redacción del libro que no advertí todo lo que estaba colapsando a mi alrededor. Entregué mi *opus magnum* a los editores en mayo de 1968, para inmediatamente después sentirme intensamente avergonzado por el cambio general de la temperatura política. A esas alturas me sentía profundamente desilusionado con el socialismo de Harold Wilson. Justo en ese momento conseguí un trabajo en Estados Unidos, llegué a Baltimore un año después de que gran parte de la ciudad hubiera ardido a raíz del asesinato de Martin Luther King. En Estados Unidos, el movimiento en contra de la guerra y el movimiento por los derechos civiles estaban completamente encendidos; y allí me encontraba yo, tras haber escrito aquel tomo neutral que de uno u otro modo no parecía encajar. Me di cuenta de que tenía que repensar un montón de cosas que había dado por supuestas durante la década de 1960.

¿Qué te llevó a Estados Unidos?

En aquel tiempo, las universidades estadounidenses estaban expandiendo sus departamentos de geografía. La formación en esta disciplina era más sóli-

da en Gran Bretaña que en Estados Unidos, de modo que se produjo una cierta afluencia de geógrafos británicos para cubrir nuevas plazas. Yo había enseñado en Estados Unidos como profesor invitado en varias ocasiones, y cuando me ofrecieron un trabajo en Johns Hopkins pensé que se trataba de una oportunidad atractiva. El departamento de esta universidad era interdisciplinar y combinaba geografía e ingeniería del medio ambiente. La idea consistía en juntar a un grupo de personas provenientes de las ciencias sociales y de las ciencias naturales con el fin de abordar cuestiones medioambientales con una perspectiva multidisciplinar. Yo fui uno de los primeros en participar en el nuevo programa. Aprendí bastante acerca de cómo piensan los ingenieros, acerca de los procesos políticos, acerca de los problemas económicos; no me sentí constreñido por la disciplina geográfica.

¿Cuál era el ambiente político?

Hopkins es un campus extremadamente conservador; no obstante, cuenta con una larga historia de haber acogido a ciertas figuras disidentes. Por ejemplo, alguien que me interesó bastante cuando llegué fue Owen Lattimore —su libro *Inner Frontiers of Asia* es excelente—, que llevaba en Hopkins muchos años antes de que fuera víctima del maccarthismo. Empléé un montón de tiempo hablando con gente que estaba allí acerca de lo que le sucedió y fui a visitarle personalmente. Finalmente, intenté que Wittfogel, que había sido su acusador, explicara por qué había atacado a Lattimore con tanta violencia. Así pues, siempre me sentí fascinado por la historia política de la universidad, así como por la de la ciudad. Se trataba de un campus pequeño que siempre había sido muy conservador. Sin embargo, por ese motivo, incluso un reducido número de radicales decididos podía resultar bastante eficaz; a finales de la década de 1970 existía un movimiento en contra de la guerra, así como un activismo en favor de los derechos civiles bastante importante en torno a la universidad. Desde el principio me intrigó la propia ciudad de Baltimore. De hecho, era un lugar increíble para desarrollar un trabajo empírico. Rápidamente me impliqué en estudios sobre discriminación en proyectos de vivienda, y desde entonces la ciudad ha formado tin telón de fondo sobre el que se ha desarrollado gran parte de mi pensamiento.

¿Cuál es el perfil de Baltimore como ciudad estadounidense?

En muchos sentidos es una ciudad emblemática en relación a los procesos que han dado forma a las ciudades bajo el capitalismo estadounidense, proporciona una muestra de laboratorio del urbanismo contemporáneo. Sin embargo, evidentemente, tiene además un carácter propio. Pocas ciudades norteamericanas cuentan con una estructura de poder tan simple como la de Baltimore. Después de 1900, buena parte de la gran industria se desplazó fuera de la ciudad, dejando el control en manos de una elite rica cuya fortuna se basaba en los bienes inmuebles y la banca. Las sedes centrales de las corporaciones no están en Baltimore actualmente, y con frecuencia se alude a la ciudad como la mayor plantación en el sur, dado que en buena medida está gobernada del mismo modo que una plantación, mediante unas cuantas instituciones financieras principales. En realidad, en lo que respecta a la estructura social, la ciudad es mitad norteaña mitad sureña. Dos tercios de la población es afroamericana, aunque el nivel de militancia negra no se acerca en modo alguno al que pueda encontrarse en Philadelphia, Nueva York o Chicago. Las relaciones raciales responden más a un

patrón sureño. Puede que los alcaldes sean afroamericanos; sin embargo, dependen en gran medida de la conexión financiera, y están rodeados por barrios blancos que no quieren tener nada que ver con la ciudad. Culturalmente, es uno de los grandes centros del mal gusto americano. Las películas de John Waters son clásicos en Baltimore, no cabe imaginárselas en ningún otro lugar. Arquitectónicamente, sea lo que sea lo que la ciudad trate de hacer, se torna en algo un tanto inadecuado, como le sucede al arquitecto que construye una casa calculando mal los ángulos, y años más tarde la gente comenta, «¿Acaso no se trata de una estructura muy interesante?». Uno acaba por sentir mucho afecto hacia ella. En cierta ocasión pensé que debía escribir un libro titulado *Baltimore: la ciudad de las peculiaridades*.

Tu segundo libro, Social Justice and the City², publicado en 1973, está dividido en tres apartados: Formulaciones Liberales, Formulaciones Marxistas y Síntesis. ¿Los escribiste como una secuencia premeditada desde el comienzo con el fin de reflejar tu propia evolución o surgieron de este modo, sobre la marcha?

Se trata de una secuencia más fortuita que planeada. Cuando comencé el libro aún me denominaba a mí mismo como socialista fabiano; sin embargo, se trataba de una etiqueta que no tenía mucho sentido en el contexto de Estados Unidos. Nadie habría entendido su significado. En Estados Unidos, entonces me habría catalogado de liberal con carnet. De modo que me expliqué siguiendo estos parámetros. Entonces descubrí que no eran operativos. Así que me incliné hacia formulaciones marxistas con el fin de comprobar si proporcionaban mejores resultados. El cambio de un enfoque a otro no fue premeditado, me tropecé con él.

No obstante, en 1971, poco tiempo después de que llegaras a Baltimore, formabas parte de un grupo de lecturer que estudiaba El Capital de Marx; una experiencia que describiste recientemente como un momento decisivo en tu carrera. ¿Eras el principal animador de este grupo?

No, la iniciativa partió de estudiantes graduados que querían leer *El Capital*, Dick Walker era uno de ellos y, en el grupo, yo era el profesor que ayudó a organizarlo. En cualquier caso, se trataba de un período en el que todavía no existía demasiada literatura marxista en inglés. Disponíamos de Dobb, Sweezy y Baran, pero poco más. Más tarde, tradujisteis textos del francés y del alemán, y se creó la *Penguin Marx Library*. La publicación de los *Grundrisse* en esa serie constituyó un paso adelante en nuestro desarrollo. El grupo de lectura fue una experiencia maravillosa, no obstante, yo no me hallaba en una posición privilegiada para enseñar a nadie. Éramos un grupo de los ciegos guiando a otros ciegos. Esto hizo que la experiencia fuera mucho más gratificante.

En las conclusiones de Social Justice and the City explicas tu encuentro con la obra sobre urbanismo de Henri Lefebvre después de que escribieras el resto del libro, y pasas a hacer unas observaciones sorprendentes sobre la misma. ¿Qué conocimiento tenías por aquel entonces del pensamiento francés sobre el espacio? Volviendo la vista hacia atrás, podría decirse que existían dos líneas diferenciadas de pensamiento dentro del marxismo francés que habrían

² Ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

sido relevantes para ti: la geografía histórica de Yves Lacoste y sus colegas de Herodote, y la teoría urbana contemporánea de Lefebvre, que emergió a partir de la fascinación del surrealismo con la ciudad como paisaje de lo inesperado en la vida cotidiana.

En realidad existía otra línea en Francia, institucionalmente más importante que cualquiera de las anteriores, conectada con el Partido Comunista, cuyo representante más célebre era Pierre Georges. Este grupo era muy poderoso en el sistema universitario, tenía mucho control sobre las plazas. El tipo de geografía que practicaban no era en absoluto abiertamente político: se centraba fundamentalmente en la base terrestre sobre la que se erigen las sociedades humanas y sus transformaciones a partir de la movilización de las fuerzas productivas sobre el suelo. A Lefebvre no se le consideraba geógrafo. Georges era un punto de referencia central dentro de la disciplina.

Tu respuesta a las ideas de Lefebvre entona una nota bastante distintiva, que vuelve a aparecer en tu trabajo posterior. Por un lado, te entusiasmas con el radicalismo de Lefebvre con una valoración generosa de la carga utópica crítica de su obra; por otro, señalas la necesidad de un realismo que sirva de equilibrio. Esta respuesta a dos bandos se convierte en una suerte de modelo en tu trabajo; estoy pensando en el modo en el que, en La condición de la posmodernidad, simultáneamente y de una forma imaginativa tomas la noción de «acumulación flexible» y la limitas empíricamente, o en tu reacción contra los ecologistas apocalípticos en tu obra más reciente: una combinación poco habitual de compromiso apasionado y sensatez imperturbable.

Una de las lecciones que aprendí escribiendo *Social Justice and the City* ha continuado siendo importante para mí. La mejor manera de expresarla es mediante una frase que Marx empleó al hablar del modo en el que podemos friccionar distintos bloques conceptuales entre sí para provocar un fuego intelectual. La innovación teórica con demasiada frecuencia emerge de la colisión entre líneas de fuerza diferentes. En una fricción de este tipo, uno no debe nunca abandonar el propio punto de partida; las ideas únicamente prenderán fuego si los elementos originales no son completamente absorbidos por los nuevos. Las formulaciones liberales de *Social justice and the City* no desaparecen totalmente, en modo alguno; permanecen como parte del programa futuro. Cuando leo a Marx soy consciente de que estoy ante una crítica de la economía política. Marx nunca sugiere que Smith o Ricardo hablaran sin sentido, él se muestra profundamente respetuoso con lo que estos autores tenían que decir. Sin embargo, también confronta sus conceptos con otros, provenientes de Hegel o Fourier, de acuerdo con un proceso transformador. Así pues, éste ha sido un principio de mi propio trabajo: puede que Lefebvre haya tenido algunas ideas brillantes, los regulacionistas han desarrollado algunas nociones muy interesantes que deberían ser respetadas por derecho propio; no obstante, uno no debe renunciar a todo lo que constituye su acervo; uno trata de friccionar los bloques entre sí y preguntarse: ¿emergerá de esto algo que constituya una nueva forma de conocer?

¿Cuál fue la recepción de Social Justice dentro de la disciplina? La primera parte de la década de 1970 fue un período en el que se produjo un giro intelectual generalizado hacia la izquierda; ¿logró el libro una recepción benévola?

En Estados Unidos ya existía un movimiento radical dentro de la geografía, reunido en torno a la revista *Antipode*, producida en la Clark University en Worcester, Massachusetts, una de las principales universidades en el área de la geografía de todo el país. Sus fundadores eran decididamente antiimperialistas, y se dedicaron a cubrir la historia del entretrechamiento entre la geografía y el colonialismo occidental. La revista promovió intervenciones potentes en reuniones nacionales en Estados Unidos, así como la formación de un grupo denominado Geógrafos Socialistas. En Gran Bretaña, Doreen Massey y otros encabezaron un tipo de movimiento similar. Así que, como ya he dicho, existía a principios de la década de 1970 un tipo de movimiento generalizado entre los jóvenes geógrafos que exploraba esta dimensión específica. *Social Justice and the City* fue uno de los textos que recogió este momento, convirtiéndose en un punto de referencia a medida que fue pasando el tiempo. También se leyó fuera de la disciplina, especialmente por parte de sociólogos urbanos y algunos estudiosos en ciencias políticas. Por supuesto, los economistas radicales también estaban interesados en las cuestiones urbanas, que se habían convertido en asuntos políticos centrales en Estados Unidos. Así pues, el escenario era bastante favorable a la recepción del libro.

The Limits to Capital³ apareció nueve años más tarde, en 1982. Se trata de un trabajo fundamental de teoría económica, un salto asombroso con respecto a tus obras anteriores. ¿Cuál es la historia de esta mutación?

Contaba con cierta formación en economía neoclásica y teoría de la planificación que había adquirido en Cambridge. Para cualquier geógrafo, la teoría de la localización de Von Thünen era, desde el principio, un punto importante de referencia. Desde luego, al escribir *Explanation in Geography* me introduje en los debates positivistas del razonamiento matemático, así que cuando me enfrenté a los trabajos de economistas marxistas, como Morishima o Desai, no tuve dificultades para entender de lo que hablaban. El trabajo de Morishima y, naturalmente, la *Theory of Capitalist Development* de Sweezy me resultaron de gran ayuda. Sin embargo, para ser honesto, mientras escribía *The Limits to Capital*, me quedé la mayor parte del tiempo con los textos del propio Marx. De lo que me di cuenta tras escribir *Social Justice and the City* es de que no había entendido a Marx, y que necesitaba ser franco al respecto, algo que traté de hacer sin demasiada ayuda exterior. Mi objetivo era llegar a un punto en el que la teoría pudiera ayudarme a comprender las cuestiones urbanas, y no podía hacerlo sin abordar las cuestiones del capital fijo, sobre las que nadie había escrito demasiado hasta el momento. Se planteaba el problema del capital financiero, fundamental, como sabía por Baltimore, en los mercados de viviendas. Si me hubiera detenido en la primera parte del libro habría producido un análisis de la teoría de Marx muy similar a otros que estaban surgiendo en aquel período. La última parte, en la que analicé la temporalidad de la formación del capital fijo y el modo en el que se relaciona con los flujos monetarios y el capital financiero, y las dimensiones espaciales de estos aspectos, hizo que el libro resultara poco habitual. Fue una tarea dura. Casi me vuelvo loco escribiendo *Limits to Capital*; lo pasé muy mal tratando de acabarlo, además de intentando que resultara legible; en esta tarea empleé la mejor parte de una década. El libro sirvió de

³ Ed. cast.: *Los límites del capital*, México DF, FCE, 1992.

base de todo lo que he estado haciendo desde entonces. Es mi texto favorito, sin embargo, irónicamente, probablemente sea el menos leído.

¿Que acogida tuvo en aquel momento? La NLR ciertamente no le prestó ninguna atención, pero ¿qué me dices de otros sectores de la izquierda?

Realmente no puedo acordarme de nadie que se autodenominara economista marxista y se tomara el libro en serio. Siempre me ha extrañado ese espíritu corporativo, tan ajeno al proceder del propio Marx. Evidentemente, existían algunas razones circunstanciales que explicaban esta reacción de indiferencia. La controversia sobre el concepto de valor en Sraffa y Marx aún estaba teniendo lugar, lo cual creo que disuadió a mucha gente a la hora de intentar tomar en consideración las teorías de Marx sobre el desarrollo capitalista. Se disponía de otras versiones —la de Jim O'Connor o la de John Weeks— sobre la teoría de la crisis. Podría considerarse la última parte del libro como una predicción de las guerras intrainperialistas, lo cual era fácil de rechazar. El único debate real en torno al libro se produjo cuando Michael Lebowitz lo atacó en las páginas de la *Monthly Review*, y yo le contesté algún tiempo después. En general, el libro no parecía que fuera a ninguna parte.

Bien, estabas en buena compañía. En definitiva, El Capital, de Marx, había recibido tan pocas respuestas que él mismo acabó escribiendo una reseña empleando un seudónimo. En retrospectiva, lo que resulta chocante es que tu teoría sobre la crisis anticipa el trabajo posterior de dos marxistas, que tampoco procedían de las filas de los economistas: Robert Brenner, de la historia, y Giovanni Arrighi, de la sociología. En ambos casos, el espacio se convierte en una categoría explicativa central de un modo que no cabe encontrar en ningún otro lugar en la tradición marxista con anterioridad a tu libro. El registro es más empírico —en el caso de Brenner, el análisis detallado de las economías nacionales de posguerra, en el de Arrighi; los ciclos largos de la expansión global—, pero el marco, y muchas de las conclusiones claves son básicamente similares. Tu análisis proporciona el modelo en estado puro de este tipo de explicaciones, tu análisis tripartito de los modos en los que el capital aplaza o resuelve sus tendencias a la crisis —la solución estructural, la solución espacial y la solución temporal— se exponen con una claridad sin precedentes.

En ese sentido, y mirando hacia atrás, se podría decir que fue profético. Sin embargo, lo que yo esperaba producir era un texto que pudiera ser fundacional, y me sorprendió que no fuera interpretado con ese espíritu, y que, en cambio, se quedara ahí, más bien sin fuerza. Desde luego, contaba con cierto seguimiento entre los geógrafos radicales, y quizá, entre unos cuantos sociólogos, pero nadie lo usó realmente del modo en el que a mí me hubiera gustado que lo hicieran. Así que, por ejemplo, hoy podría retomar este análisis de la crisis y confrontarlo, pongamos por caso, con la teoría de los sistemas-mundo; de hecho, eso es probablemente lo que trataré de hacer en un curso el año que viene.

El obstáculo más profundo que impidió que se aceptara antes lo que tú estabas haciendo se debe a la dificultad que han tenido siempre los marxistas para enfrentarse a la geografía en la medida en que se trataba de un campo de contingencia natural, de cambios y acontecimientos arbitrarios en la cor-

teza terrestre, con sus diferentes consecuencias para la vida material. Los enunciados fundamentales del materialismo histórico tienen una estructura deductiva independiente de cualquier localización espacial, invariablemente ausente en ellos. Lo curioso es que tu teoría de la crisis, que expusiste en *The Limits to Capital*, respeta en cierto sentido esta tradición, procede siguiendo una estructura deductiva perfectamente clara. Sin embargo, incorpora el espacio a la estructura como un elemento que no se puede eliminar de la misma. Esto resultó bastante novedoso. Las categorías geográficamente indiferenciadas de El Capital se ponen a trabajar en el terreno histórico-natural, que evidentemente sigue siendo representado de un modo abstracto para ajustarse a las demandas de una argumentación deductiva. Dicha combinación fue calculada con el fin de deshacerse de las expectativas convencionales.

En un principio, mi propia intención era hacer que algunas investigaciones históricas sobre urbanización rebotaran contra *The Limits to Capital*, pero esto se convirtió en un proyecto excesivo, y finalmente lo que hice fue distribuir este material en los dos volúmenes de ensayos que aparecieron en 1985: *Consciousness and the Urban Experience* y *The Urbanization of Capital*. Algunos de los materiales que se incluyen en ellos son anteriores al propio *Limits*. En 1976–1977, cuando aún me estaba debatiendo con *Limits*, pasé un año en París con el propósito de aprender de los debates marxistas franceses, pero no resultó como yo quería. Para ser sincero, los intelectuales franceses me parecieron un tanto arrogantes, bastante incapaces de manejar a alguien proveniente de Norteamérica; me alegré bastante cuando, un par de años después, Edward Thompson lanzó su famoso ataque contra Althusser. Por otro lado, Castells —que no formaba parte del circo de grandes nombres— fue muy cálido y de gran ayuda, al igual que otros sociólogos urbanos, de modo que no perdí el tiempo. Lo que sucedió, por el contrario, fue que me fui sintiendo más y más intrigado por París como ciudad. Me resultaba mucho más divertido explorarla que pelearme con los esquemas de la reproducción; a partir de esta fascinación surgieron los escritos sobre Sacré-Coeur y la Comuna, publicados en 1978. Tras esto dirigí mi atención hacia el París del Segundo Imperio, un asunto maravilloso que se convirtió en el tema del ensayo más largo de estos dos volúmenes. Lo que me interesaba era lo siguiente: ¿hasta qué punto podría aplicarse a situaciones concretas el tipo de aparato teórico expuesto en *The Limits to Capital*?

Una diferencia notable en el ensayo sobre el Segundo Imperio —que podría haber sido publicado como un libro breve— es la repentina aparición de numerosas fuentes literarias, inexistentes en tus obras anteriores. En adelante se desplegarían en cascada por toda la obra: Balzac, Dickens, Flaubert, Hardy, Zola, James. ¿Habías reprimido antes una parte de ti o se trataba, en cierto sentido, de un nuevo horizonte?

Nunca he dejado de leer estas obras; sin embargo, nunca pensé en emplearlas en mi trabajo. Una vez que empecé a hacerlo, todo comenzó a fluir. Esto tuvo algo que ver con mi posición dentro del mundo académico: por aquel entonces me encontraba suficientemente seguro; no me sentía compelido a permanecer dentro de ninguno de los circuitos existentes; de todos modos, nunca lo había hecho. No obstante, me sentía realmente liberado evadiéndome de ellos, por no hablar del placer, tras el duro trabajo que representó *Limits*, que me proporcionaban los propios textos.

Parece como si este cambio también hubiera preparado el terreno para el estilo panorámico que adoptas en The Condition of Postmodernity⁴. Al parecer, a mediados de la década de 1980, a medida que despejaba el debate en torno a la posmodernidad, tus antenas comenzaron a agitarse un tanto. ¿Qué es lo que desencadenó la idea de escribir un libro de gran alcance sobre el tema?

Mi primer impulso fue de impaciencia. De repente, se estaba produciendo todo ese debate sobre el posmodernismo como una categoría para comprender el mundo, para desplazar o sumergir al capitalismo. De modo que pensé: he escrito *The Limits to Capital*, he llevado a cabo toda esta investigación sobre París en el Segundo Imperio, sé bastantes cosas sobre los orígenes del modernismo, y muchas sobre urbanismo, campo que despunta con fuerza en esta nueva exhortación; así que, ¿por qué no sentarme y producir mi propia perspectiva sobre el asunto? El resultado fue uno de los libros más fáciles que haya escrito nunca. Tardé un año en escribirlo, fluyó sin problemas o ansiedades. Evidentemente, una vez embarcado en él, mi respuesta se tornó más meditada. No sentía ningún deseo de negar la validez de cierta idea de posmodernidad. Por el contrario, encontraba que la noción apuntaba hacia muchas transformaciones a las que debíamos estar prestando la máxima atención. Por otro lado, no tenía por qué someterme al cuento y la exageración que por aquel entonces rodeaban este debate.

El libro reúne tus inquietudes interdisciplinarias de un modo notable; partes —de modo totalmente lógico— de lo urbano en su sentido más estricto, con una discusión sobre la reciente evolución de Baltimore, de la que se desprenden dos argumentos fundamentales en contra de las celebraciones acríticas del posmodernismo como una «superación» de las imperfecciones del modernismo arquitectónico. La argumentación común en aquel momento —una mezcla de Jacobs y Jencks— procedía del siguiente modo: el modernismo ha arruinado nuestras ciudades con su creencia inhumana en la planificación racional y el implacable monolitismo de su diseño formal; el posmodernismo, por contra, respeta los valores de la espontaneidad y el caos urbano, y suscita una diversidad de estilos arquitectónicos liberadora. Tú desplazas ambos argumentos señalando que no fue la devoción hacia los principios de la planificación lo que produjo tantos resultados terribles, sino la subordinación de los planificadores a los imperativos del mercado, que ha continuado produciendo la zonificación de las ciudades con tanta rigidez bajo condiciones posmodernas como lo hicieron bajo las modernas; mientras, la mayor diversidad de estilos formales ha sido tanto una función de las innovaciones tecnológicas, que han permitido el uso de nuevos materiales y formas, como de cualquier emancipación estética.

Sí, pensé que era importante mostrar los nuevos tipos de monotonía en serie que podía acarrear el supuesto florecimiento de la fantasía arquitectónica, y la ingenuidad de buena parte de los efectos escénicos posmodernistas, el simulacro de comunidad que a menudo se afanan en construir. No obstante, también quería dejar claro que para comprender por qué estos estilos han tenido un arraigo tan poderoso, se necesita prestar atención a los cambios que subyacen en la economía real. Esto me condujo al área que, de un modo sumamente satisfactorio, ha teorizado la Escuela de la Regulación en Francia. ¿Qué había cambiado en el sistema de relaciones entre

⁴ Ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.

capital y trabajo y entre capital y capital, desde la recesión de principios de la década de 1970? Por ejemplo, ¿hasta qué punto podíamos hablar ahora de un nuevo régimen de «acumulación flexible», basado en mercados laborales temporales? ¿Era ésta la base material de las alteraciones en el tejido urbano que se producían a nuestro alrededor? Mi impresión es que los regulacionistas estaban bastante en lo cierto al centrarse en los cambios del contrato salarial y las reorganizaciones del proceso laboral; se podía seguir su planteamiento durante un buen trecho con respecto a esta cuestión, no así cuando sostienen que la noción misma de capitalismo de algún modo se ha transformado en lo esencial. Lo que estaban sugiriendo es que un régimen histórico —el fordismo— había dado paso a otro —la acumulación flexible— que había reemplazado de modo efectivo al primero. Sin embargo, empíricamente, no existen evidencias de semejante cambio general, la «acumulación flexible» puede predominar local o temporalmente aquí o allá, pero no podemos hablar de una transformación sistémica. El fordismo persiste de un modo palpable en amplias áreas de la industria, aunque evidentemente tampoco ha permanecido estático. En Baltimore, donde la Bethlehem Steel solía emplear a 30.000 trabajadores, en la actualidad produce la misma cantidad de acero con menos de 5.000, de modo que la estructura de empleo en el propio sector fordista ya no es la misma. El alcance de este tipo de reducción de plantilla y la extensión de los contratos temporales en el sector no fordista han generado algunas de las condiciones sociales de la fluidez y la inseguridad de las identidades que ilustran de manera ejemplar lo que podríamos llamar posmodernidad. No obstante, ahí no acaba la historia. Existen muchas formas diferentes de lograr beneficios —de obtener plusvalor: pero el método que dé resultados, lo más probable es que vaya seguido de un aumento en su puesta en práctica—, de modo que cabe pensar en una tendencia hacia la acumulación flexible; sin embargo, en este proceso se dan algunas limitaciones fundamentales. Imaginemos lo que significaría para la cohesión social que todo el mundo funcionara en un régimen de trabajo temporal, las consecuencias que esto tendría para la vida urbana o para la seguridad civil. Ya es posible constatar los efectos perjudiciales de esta tendencia, incluso a partir de algunas iniciativas parciales en esta dirección. Una transformación universal plantearía dilemas agudos y peligros a la estabilidad del capitalismo como orden social.

Eso vale para la relación capital-trabajo; ¿qué puedes decirnos sobre las relaciones capital-capital?

Lo que observamos es que existe una asimetría dramática en el poder del Estado. El Estado-nación sigue siendo un regulador del trabajo absolutamente fundamental. La idea de que éste está disminuyendo o desapareciendo como centro de autoridad en la edad de la globalización es una idea ridícula. En realidad, nos distrae del hecho de que el Estado-nación está, en la actualidad, más dedicado que nunca a crear un clima de negocios benigno para la inversión, lo cual significa justamente controlar y reprimir resueltamente a los movimientos obreros empleando métodos nuevos y diversos, recortes del salario social, flujos migratorios programados, etc. El Estado es tremendamente activo en el campo de las relaciones capital-trabajo. Sin embargo, si nos fijamos en las relaciones entre capitales, el panorama es bastante diferente. Realmente el Estado, en la medida en la que los flujos financieros han rebasado la posibilidad de que se establezca sobre ellos una regulación estrictamente nacional, ha perdido mucha capacidad de regu-

lar los mecanismos de asignación y competitividad. Uno de los argumentos fundamentales que expongo en *The Condition of Postmodernity* es que el rasgo auténticamente novedoso del capitalismo que emerge a partir de la divisoria que marca la década de 1970 no consiste tanto en la flexibilidad generalizada de los mercados laborales, como en una autonomía sin precedentes del capital-dinero con respecto a los circuitos de la producción material; una hipertrofia de las finanzas, que constituye la otra base sobre la que se asienta la experiencia y la representación posmoderna. Uno de los temas clave del libro es la ubicuidad y la volatilidad del dinero como terreno impalpable de la existencia contemporánea.

Sí, adaptando el título de Céline, Vie á crédit. En lo que respecta al procedimiento, The Condition of Postmodernity, de hecho, sigue bastante al pie de la letra la prescripción de Sartre sobre un marxismo revitalizado. Él definió su tarea como la necesidad de fundir en un único proyecto el análisis de las estructuras objetivas con la restitución de la experiencia subjetiva y sus representaciones. Se trata de una descripción bastante buena de lo que tú estabas haciendo. ¿Cuál es para ti el resultado más importante del libro?

The Condition of Postmodernity es el trabajo que ha obtenido más éxito de todos los que he publicado; captó a una audiencia mayor que todos los demás juntos. Cuando un libro sacude el nervio público de este modo, diferentes tipos de lectores toman de él cosas diferentes. Para mí, la parte más novedosa del libro son sus conclusiones, la sección en la que exploro lo que significa para la gente la experiencia posmoderna en términos del modo en el que viven e imaginan el tiempo y el espacio. El tema de la «compresión tiempo-espacio», que analizo desde distintos ángulos a lo largo de los últimos capítulos, constituye la parte experimental clave del libro.

The Condition of Postmodernity se publicó en 1989. Dos años antes te habías trasladado de Baltimore a Oxford. ¿Qué te empujó a volver a Inglaterra?

Sentía en aquel momento que me estaba chocando contra la pared en Baltimore, así que cuando me preguntaron si estaría dispuesto en ponerme al frente de la cátedra Mackinder en Oxford me tiré al ruedo, se trataba de una experiencia diferente. Sentía curiosidad por comprobar cómo sería. Permanecí en Oxford durante seis años, pero continué enseñando en Hopkins durante todo el tiempo. Mi carrera ha sido, en este sentido, bastante conservadora en comparación a la de la mayoría de los académicos; me he mantenido intencionadamente leal a los lugares en los que he estado. En Oxford, la gente me seguía tratando como si acabara de llegar de Cambridge, de donde me fui en 1960; como si los veintisiete años que habían transcurrido entre medias los hubiera pasado en la sala de espera de las colonias, antes de regresar a mi gallinero natural en Oxbridge, lo cual me trajo de cabeza. Tengo fuertes raíces en la cultura inglesa, que hasta el día de hoy siento de un modo muy poderoso. Cuando vuelvo al condado de Kent, que había recorrido en bicicleta, todavía conozco todas sus rutas como la palma de la mano. De modo que, en este sentido, podría decirse que siempre me he sentido de algún modo firmemente unido a mi terruño. En ningún momento me gustaría negar estos orígenes. Los mismos que me impulsaron, igualmente, a explorar otros espacios.

¿Qué puedes decirnos de la propia universidad o de la ciudad?

Profesionalmente, por primera vez en muchos años me vi en un departamento de geografía convencional, lo cual me resultó muy útil. Contribuyó a renovar mi sentido de la disciplina, y me recordó qué es lo que piensan los geógrafos sobre el modo en el que piensan. Oxford no cambia muy rápido, por decirlo de un modo suave. Trabajar allí tenía sus lados placenteros, así como otros negativos. En general, me gustaba el entorno físico, aunque el entorno social —especialmente la vida universitaria— me resultaba bastante insufrible. Evidentemente, uno se da inmediatamente cuenta de las ventajas mundiales de las que se disfruta ocupando una plaza en Oxford. Pasé de ser considerado como una especie de intelectual disidente asentado en un departamento extraño al otro lado del Atlántico, a ser considerado como una figura respetable, para la que se abrieron, una tras otra, varias puertas inesperadas. La primera vez que fui consciente de la existencia de las clases sociales fue cuando acudí a Cambridge en la década de 1950. En Oxford se me recordó lo que seguía significando en Gran Bretaña. Evidentemente, como ciudad Oxford es otra cuestión. Durante los años que pasé en Baltimore, siempre traté de mantener alguna relación con la acción política local: nos hicimos con una vieja biblioteca y la convertimos en un centro de acción para la comunidad, tomamos parte en campañas a favor del control de los alquileres, y en general tratamos de provocar iniciativas radicales; siempre he considerado importante conectar mi trabajo teórico con la actividad práctica, en el ámbito local. Así que cuando me fuí a Oxford, la campaña local en defensa de la planta de Rover en Cowley me proporcionó una extensión natural de este tipo de implicación. Por motivos personales, no podía seguir siendo tan activo a como lo había sido en Baltimore; sin embargo, esta lucha me proporcionó la misma clase de conexión con un conflicto social tangible. También dio lugar a algunos debates políticos muy interesantes —recogidos en el libro *The Factory and the City*, que produjimos Teresa Hayter y yo sobre el tema—, una experiencia fascinante. Poco tiempo después leí la novela de Raymond Williams, *Second Generation*, que trata precisamente sobre esto, y me quedé atónito ante lo bien que captó gran parte de lo que estaba ocurriendo en Cowley. Así que uno de los primeros ensayos en *Justice, Nature and the Geography of Difference* se convirtió en una reflexión acerca de esta obra de ficción.

¿No crees que existe una serie de afinidades entre ambos? El tono de Williams siempre fue calmado, si bien no se prestaba a compromisos. Su postura era radical de un modo consistente, pero también resueltamente realista. Sus obras no respetaban las fronteras entre disciplinas y atravesaban muchas barreras intelectuales inventando nuevos modos de análisis sin ninguna ostentación. En lo que se refiere a estos aspectos, tu propia obra es semejante a la suya. ¿Cómo definirías tu relación con él?

Nunca conocí a Williams personalmente, aunque desde luego conocía su obra desde hacía tiempo. *The Country and the City* fue un texto fundamental para mí a la hora de enseñar Estudios Urbanos. Estando en Hopkins, en un medio en el que se sobrevaloraba a tantos intelectuales franceses de altos vuelos, siempre sentí una intensa admiración por él. Williams nunca recibió esa clase de reconocimiento académico, aunque lo que tenía que decir acerca del lenguaje y el discurso era tan interesante como lo que podía estar

diciedo cualquier teórico parisino, y a menudo mucho más sensato. Evidentemente, cuando llegué a Oxford, me reenganché con más fuerza a su trabajo. El relato que Williams hace de cómo se sintió al llegar a Cambridge como estudiante se ajustaba casi perfectamente con mi propia experiencia allí. Además estaba su poderosa novela, ambientada en Oxford, en el lugar en el que entonces trabajaba, con un entretrejimiento extraordinario de temas sociales y espaciales. Así que me siento fuertemente conectado a él.

Al parecer, también se produce un cambio en relación a otros aspectos en las fuentes de Justice, Nature and the Geography of Difference. Heidegger y Whitehead adquieren mucha mayor importancia con respecto a Hempel o Carnap. Se trata de una colección de textos muy diversos. ¿Cuál es su objetivo fundamental?

Creo que es el libro menos coherente de los que haya escrito. Puede incluso que exista algo positivo en su falta de cohesión, puesto que el resultado deja preguntas abiertas, a distintas posibilidades interpretativas. Lo que realmente quería hacer era tomar algunos conceptos geográficos básicos —espacio, lugar, tiempo, entorno— y demostrar que resultan centrales para una comprensión de tipo materialista-histórica del mundo. En otras palabras, tenemos que pensar en un materialismo *geográfico*-histórico, y para ello necesitamos cierta concepción dialéctica. Los tres últimos capítulos proporcionan ilustraciones de cuál podría ser el resultado. Las cuestiones geográficas siempre están presentes —tienen que estarlo— en cualquier perspectiva materialista de la historia; sin embargo, nunca han sido abordadas de un modo sistemático. Quería establecer la necesidad de hacerlo. Probablemente no lo logré, al menos lo intenté.

Una de las líneas de este trabajo, que proporciona un equilibrio característico, es su implicación con la ecología radical. Adviertes sobre el catastrofismo ecologista en la izquierda. ¿Cabría considerar esto como el equivalente contemporáneo de las teorías económicas del Zusammenbruch {derrumbe}, propias de un marxismo más antiguo?

Se suscitó un debate bastante interesante sobre esta cuestión en la *Monthly Review*, en el que participó John Bellamy Foster, que puso sobre la mesa las cuestiones centrales con mucha claridad. Siento una enorme simpatía hacia muchos de los argumentos ecologistas; sin embargo, mi experiencia de trabajar en un departamento de ingeniería, orientado hacia soluciones pragmáticas, me ha hecho mostrarme reservado con respecto a las profecías del día del juicio final, aunque provengan, como a menudo sucede, de los propios científicos. He dedicado mucho tiempo tratando de persuadir a los ingenieros de que debían adoptar la idea de que el conocimiento —incluida su propia habilidad técnica— es, asimismo, una construcción social. Sin embargo, cuando me pongo a discutir con gente que viene del campo de las humanidades, me encuentro en la posición de tener que llamarles la atención sobre el hecho de que cuando los sistemas de depuración no funcionan, uno no llama a los posmodernos, sino a los ingenieros; éste es el caso de mi departamento, que se ha mostrado increíblemente creativo sobre los sistemas de depuración de agua. Así que me sitúo en la frontera entre ambas culturas. Diseñé el capítulo sobre dialéctica en *Justice, Nature and the Geography of Difference* con el fin de intentar explicarles a los ingenieros y a los científicos

cos qué es lo que se escondía detrás de este misterio. Por este motivo, se articula más en términos de proceso natural que como una categoría filosófica. Evidentemente, si hubiera estado enseñando dialéctica en un programa de humanidades tendría que haber hablado de Hegel; sin embargo, al dirigirme a ingenieros, tenía más sentido referirme a Whitehead, a Bohm o a Lewontin, todos ellos científicos, familiarizados con las actividades de la ciencia. Esto da un toque bastante diferente a la argumentación dialéctica si lo comparamos con el filosófico-literario, mucho más conocido.

Otra línea fundamental en el libro —que aparece justamente en el título— se refiere a la idea de justicia. Un concepto que no es bien recibido dentro de la tradición marxista. Históricamente, resulta absolutamente verdad que, tal y como han demostrado Barrington Moore y otros autores, algún sentido de injusticia ha sido una palanca poderosa —si bien culturalmente variable— para la revuelta social. Sin embargo, aparentemente esto no ha hecho precisa ninguna teoría articulada en torno a los derechos o la justicia. En la actualidad, se han producido muchos intentos, sin mucho éxito, de fundarlas. Marx, siguiendo a Bentham, se mostró fulminante sobre su fundamento filosófico. ¿Por qué crees que estas objeciones deberían ser desatendidas?

Marx reaccionó en contra de la idea de justicia social porque vio en ella un intento de remediar mediante una solución puramente redistributiva problemas que residían en el modo de producción. La redistribución de la renta dentro del capitalismo sólo podría ser un paliativo; la solución pasaba por una transformación del modo de producción. Existe una fuerza tremenda en esta resistencia. Sin embargo, reflexionando sobre ella, me fui sintiendo cada vez más sorprendido por otra cosa que Marx escribió: su famosa afirmación en la introducción de los *Grundrisse*, de que la producción, el intercambio, la distribución y el consumo son, todos ellos, momentos de una totalidad orgánica, cada uno de ellos completando el resto. Creo que resulta muy difícil hablar sobre estos momentos diferentes sin asumir cierta idea de justicia; o si prefieres, de los efectos redistributivos que tendría una transformación del modo de producción. No siento ningún deseo de abandonar la idea de que el objetivo fundamental es justamente esta transformación, pero reducirla a esto, sin prestar la debida atención a lo que esto podría significar en el mundo del consumo, de la redistribución y del intercambio, supone renunciar a una fuerza de presión política. De modo que, en mi opinión, existen motivos para reintroducir la idea de justicia, sin renunciar al objetivo fundamental de transformar el modo de producción. Evidentemente, sucede también que algunos de los logros de la socialdemocracia —a menudo denominada socialismo redistributivo en Escandinavia— no merecen ser objeto de mofa. Se trata de logros limitados, pero reales. Por último; existe un motivo táctico bien fundado para que la izquierda reclame las ideas de justicia y de los derechos al que me refiero en mi último libro, *Spaces of Hope*¹. Si existe hoy en día una contradicción fundamental en la propia ideología burguesa en todo el mundo, ésta reside en su retórica de los derechos. Me impresionó mucho, repasando la Declaración de Derechos de NU de 1948, leer sus

¹ De próxima aparición en *Cuestiones de antagonismo*, Akal Ediciones, Madrid. (N. de la T.)

Artículos 21–24 en relación a los derechos laborales. Uno se pregunta: ¿en qué clase de mundo viviríamos hoy en día si se hubieran tomado en serio estos derechos en lugar de incumplirlos de un modo flagrante prácticamente en todos y cada uno de los países capitalistas del planeta? Si los marxistas renuncian a la idea de los derechos, pierden el poder de hacer palanca empleando esta contradicción.

La respuesta marxista tradicional sería: la prueba del pastel consiste en comérselo. Podemos disponer de todas esas magníficas listas de derechos sociales, se han quedado ahí establecidas, solemnemente proclamadas desde hace cincuenta años, pero ¿acaso han contribuido mínimamente a que algo cambiara? Los derechos como idea son constitucionalmente maleables, cualquiera puede inventárselos para su propio beneficio. Lo que realmente representan son intereses, y es el poder relativo de dichos intereses lo que determina —de un modo igualmente artificial— qué construcción de los mismos prevalece. Después de todo, ¿cuál es hoy en día el derecho humano que cuenta con un mayor reconocimiento universal después de la libertad de expresión? El derecho a la propiedad privada. Todo el mundo ha de tener la libertad de obtener beneficios a partir de sus capacidades, a transmitir el fruto de su trabajo a la generación venidera sin que otros se lo impidan; éstos son los derechos inalienables. ¿Por qué habríamos de imaginar que el derecho a la educación y al empleo deberían ponerse por encima de ellos? En este sentido, ¿no está el discurso de los derechos, plagado como está de tópicos contradictorios, estructuralmente vacío?

No, no está vacío, está lleno. Pero ¿de qué está lleno? Fundamentalmente, de aquellas nociones burguesas de los derechos a las que Marx se oponía. Lo que yo sugiero es que podríamos llenarlas con algo distinto, una concepción socialista de los derechos. Un proyecto político necesita, para poder derrotar a sus oponentes, un conjunto de objetivos en torno a los que unirse y un sentido dinámico del potencial que encierran los derechos proporciona esta oportunidad, justamente debido a que el enemigo no puede evacuar este terreno sobre el que siempre se ha apoyado tanto. Si una organización como Amnistía Internacional, que ha realizado un gran trabajo en favor de los derechos políticos y civiles, hubiera apoyado los derechos económicos con tanta perseverancia, hoy en día la tierra sería un lugar muy diferente. De manera que pienso que es importante que la tradición marxista participe del lenguaje de los derechos, un lenguaje con el que han de ganarse batallas políticas fundamentales. Hoy, en todo el mundo, las rebeliones políticas apelan casi siempre de modo espontáneo a alguna concepción de los derechos.

En el primer ensayo de tu nuevo libro, Spaces of Hope, «La diferencia que supone una generación», opones la situación de un grupo de lectura sobre El Capital a principios de la década de 1960 con uno equivalente hoy en día. En aquel tiempo, subyogías, hacía falta realizar un mayor esfuerzo para conectar las categorías abstractas de una teoría del modo de producción capitalista con las realidades cotidianas del mundo fuera del cual, tal y como explicas, en la medida en que las luchas antiimperialistas y los movimientos revolucionarios plantaban batalla por todo el mundo, eran las inquietudes de Lenin y no las de Marx las que copaban la escena. Por

otro lado, en la década de 1990, quedaba poco o nada del fermento revolucionario, a pesar de lo cual, en los titulares del periódico, las adquisiciones de compañías o los precios de las acciones dominaban inexorablemente las noticias, parecían citas de las Teorías sobre la plusvalía. Pasando revista a la escena contemporánea al final del ensayo, criticas el modo en el que se ha abusado del apotegma de Gramsci—que toma de Romain Rolland—«optimismo de la voluntad, pesimismo de la razón», para defender, asimismo, la pertinencia de un optimismo de la razón bien fundado. La conclusión es bastante lógica, emerge con total naturalidad. Sin embargo, arroja una perspectiva interesante sobre tu argumentación, ya que lo que pone de manifiesto es que el conjunto de la experiencia comunista, que llegó a ocupar un tercio de la superficie de la tierra, ha quedado totalmente excluida de tu campo de visión; como si no fueras ni anticomunista, ni procomunista, sino que desarrollarías un marxismo propio, muy enérgico y creativo, pasando este drama totalmente por alto. Si el colapso de la URSS y las esperanzas que despertó en el pasado han sido el principal telón de fondo del pesimismo del intelectual de izquierdas, es lógico que te sintieras más bien poco afectado. Sin embargo, la siguiente pregunta sigue en el aire: ¿cómo es posible borrar mentalmente del horizonte un objeto de semejante magnitud?

Una parte de la respuesta tiene que ver con las circunstancias. Yo carecía de toda formación en la geografía soviética, y aunque estaba interesado por China, nunca tuve nada que ver con este país. Sin embargo, aunque esto fue, en cierto modo, fortuito, fue, asimismo, una preferencia temperamental. Marx era mi ancla, y lo que Marx escribió fue una crítica del capitalismo. La alternativa surge de esa crítica, y de ningún otro lugar. Así que siempre estuve más interesado en tratar de aplicar la crítica y buscar la alternativa en el lugar en el que me encontraba en cada momento, en Baltimore, en Oxford, o donde quiera que estuviera. Puede que ésta sea mi propia forma de localismo. Por un lado, desarrollo una teoría general, pero, por otro, necesito sentir cómo se arraiga en mi propio patio trasero. Con demasiada frecuencia, se ha dado por supuesto que el marxismo tenía que ver principalmente con la Unión Soviética o con China; en cambio, lo que yo quería sostener es que tenía que ver con el capitalismo, que es exuberante en Estados Unidos, y que esto es lo que debía ser prioritario para nosotros. De modo que uno de los efectos de ello fue que me aislé un tanto del desenlace del colapso del comunismo. No obstante, también he de admitir que se trata de una limitación real en mi propio trabajo. A pesar de todos mis intereses geográficos, mi trabajo ha seguido siendo eurocéntrico, ha seguido centrándose en las zonas metropolitanas. No me he abierto mucho a otras partes del mundo.

En tu obra más reciente vuelves en varias ocasiones sobre el tema de la evolución, retomando el trabajo de E. O. Wilson con un espíritu cercano, aunque crítico, muy distinto a la mayor parte de las respuestas que ha despertado su obra entre la izquierda. Su noción de la «consiliencia» de las ciencias bien podría llamar la atención de cualquiera que en el pasado se hubiera sentido atraído por Carnap, aunque dejas claras tus propias objeciones. Sin embargo, es la propia insistencia de Wilson sobre las disposiciones genéticas de todas las especies lo que da pie a un conjunto de reflexiones extraordinarias sobre la evolución humana que, tal y como sugieres, ha propor-

cionado a las especies un «repertorio» de capacidades y potencialidades —competitividad, aclimatación, cooperación, adaptación al medio, orden espacial y temporal— con las que cada sociedad articula una combinación particular. Según sostienes, el capitalismo precisa de todas ellos —por no hablar de sus propias formas de cooperación—, aunque sigue dando prioridad a un modo específico de competitividad. Si bien la competitividad misma, en tanto propensión innata de los humanos, nunca podrá eliminarse, su relación con otras potencialidades está lejos de permanecer inalterable. Por lo tanto, el socialismo se entiende mejor como una reconfiguración del repertorio básico humano, según la cual, los elementos constitutivos encuentran un equilibrio diferente y más adecuado. Se trata de una respuesta sorprendente a las afirmaciones de la sociobiología en su propio terreno. Sin embargo, un defensor convencido del sistema existente podría responder: sí, pero tal y como ocurre en la naturaleza, la supervivencia de los mejores es la regla, sea cual sea el nicho ecológico del que se trate; de modo que en lo que respecta a la sociedad, el motivo de que el capitalismo haya prevalecido se debe a su superioridad competitiva. La competitividad ocupa el centro absoluto del sistema, introduciendo en él una dinámica innovadora a la que ninguna alternativa que relativice o degrade el impulso competitivo de acuerdo con otra combinación puede aspirar a oponerse. Se puede intentar movilizar la competitividad en favor del socialismo, no obstante, será deseable subordinarla como un principio dentro de un marco más complejo, mientras que, por el contrario, nosotros no la subordinamos; en esto reside lo imbatible de nuestra fuerza. ¿Qué responderías a este tipo de objeciones?

Mi respuesta es: vaya, pues claro que la subordináis: subordináis la competitividad en todo tipo de áreas. En realidad, toda la historia del capitalismo es impensable sin el establecimiento de un marco regulador para controlar, dirigir y limitar la competitividad. Sin el poder del Estado para sustentar la propiedad y la ley contractual, por no hablar del transporte y de las comunicaciones, los mercados modernos no podrían ponerse en marcha. La próxima vez que vuelas a Londres o a Nueva York imagínate a todos esos pilotos guiándose por el principio de la competitividad: tratando, todos ellos, de aterrizar los primeros y lograr la mejor puerta de embarque. ¿Le complacería esta idea a cualquier capitalista? En absoluto. Cuando se contempla de cerca cómo funciona una economía moderna, los campos en los que rige genuinamente la competitividad resultan bastante circunscritos. Si piensas en todo lo que se dice acerca de la acumulación flexible, la mayor parte gira en torno a la diversificación de las líneas y de los nichos del mercado. ¿Qué sería de la historia del capitalismo sin la diversificación? No obstante, en realidad, la dinámica que está detrás de la diversificación es una huida con respecto a la competitividad; la búsqueda de mercados especializados es, la mayor parte del tiempo, un modo de evitar sus presiones. De hecho, sería muy interesante escribir una historia del capitalismo explorando la utilización que hace de cada uno de los seis elementos del repertorio básico que he expuesto, reconstruyendo los modos cambiantes en los que se han articulado y puesto a trabajar en épocas diferentes. La hostilidad irreflexiva hacia Wilson no se limita a la izquierda, y en cualquier caso no resulta productiva. Los avances en biología nos están enseñando bastante sobre el modo en el que estamos hechos, incluidas las conexiones físicas de nuestras mentes, y nos dirán mucho más en el futuro. No veo el modo en el que

se puede ser materialista y no tomarse todo esto muy en serio. Así que en lo que concierne a la sociobiología, yo retomo mi creencia en el valor de friccionar entre sí bloques conceptuales diferentes, poniendo a dialogar a E. O. Wilson con Marx. Evidentemente, existen diferencias fundamentales, pero también algunas cosas en común sorprendentes, así que hagamos que ambos pensadores colisionen entre sí. No voy a defender que yo lo he hecho del modo acertado, pero se trata de un debate que necesitamos. La sección de *Spaces of Hope* en la que comienzo a hablar sobre esto se titula «Conversación sobre la pluralidad de alternativas», y ese es el espíritu con el que debemos abordarla. Tengo preguntas, no soluciones.

¿Qué opinas sobre el panorama actual del sistema del capital? En Limits planteaste una teoría sobre sus mecanismos de crisis-sobreacumulación, ligada a la rigidez de los bloques de capital fijo, y sobre sus soluciones típicas: devaluación, expansión del crédito, reorganización espacial. En Post-modernity analizaste el modo en el que estos mecanismos salieron a la superficie durante las décadas de 1970 y 1980. ¿En qué andas ahora? Aparentemente, a partir de tu marco teórico, es posible realizar dos lecturas, de signo opuesto, sobre la coyuntura actual, a las que quizás habría que añadir una tercera que se vislumbra en el horizonte. La primera arrancarías de tu observación en The Condition of Postmodernity de que la devaluación necesaria para purgar el exceso de capital es más efectiva cuando se da, no en la forma clásica de un choque, sino más bien lentamente y de forma gradual, depurando el sistema sin provocar turbulencias peligrosas dentro del mismo. ¿No es esto, desde cierto punto de vista, lo que ha estado sucediendo de forma imperceptible a través de olas sucesivas de reducciones de plantilla y cambios de orientación desde que comenzara el largo declive de la década de 1970, el tipo de transformación acumulativa que citas refiriéndote a Bethlehem Steel; que daría paso finalmente a una nueva dinámica a mitad de la de 1990, con una recuperación de beneficios, precios estables, emergencia de la inversión en alta tecnología y un incremento del crecimiento productivo, que concedería un nuevo respiro al sistema? Desde otro, igualmente compatible con tu marco, ésta no es la historia de fondo. Por el contrario, a lo que hemos asistido es a la explosión del sistema crediticio, que ha dado paso a una increíble ola de inflación del precio de los activos —en otras palabras, un crecimiento disparatado del capital ficticio— que está abocada a desembocar en una rectificación brusca que se producirá cuando estalle la burbuja del precio de los valores bursátiles, devolviéndonos a las realidades de la sobreacumulación continuada y no resuelta. Existe también una tercera alternativa, según la cual el peso fundamental recaería en la caída del comunismo soviético en Europa del Este y Rusia, y en la política de puertas abiertas al comercio y a la inversión extranjera en China. Estos desarrollos plantean la siguiente pregunta: ¿no estaría el capitalismo inmerso en el proceso de lograr —empleando tus propias palabras— una «solución espacial» gigantesca mediante esta expansión enorme y repentina de su campo potencial de operaciones? Esto aún valdría en una primera fase —en la medida en que Estados Unidos continúa teniendo una balanza comercial negativa con China—, pero ¿no estaremos asistiendo a la construcción de un orden OMC que promete ser el equivalente de un sistema Bretton Woods para el nuevo siglo, en el que por primera vez las fronteras del capitalismo alcanzan los confines de la tierra? Se trata de tres escenarios distintos, cual-

quiera de ellos podría desarrollarse a partir de tu trabajo. ¿Cuentas con una valoración provisional sobre sus verosimilitudes respectivas?

No creo que exista ninguna elección simple entre estas explicaciones. Tanto un proceso de devaluación constante y firme –reducción de plantilla, reorganización y externalización– como uno de transformación espacial, en consonancia con las directrices tradicionalmente asociadas con el imperalismo, forman parte en gran medida de lo que está sucediendo en realidad. Sin embargo, estas enormes reestructuraciones no hubieran sido posibles sin el poder increíble que hoy tiene el capital ficticio. Todo episodio importante de devaluación y expansión geográfica ha estado marcado por el papel de las instituciones financieras, en lo que ha llegado a ser una dinámica bastante nueva de capital ficticio. Desde luego, dicho capital no es un mero producto de la imaginación. En la medida en que acarrea transformaciones del aparato productivo que genera beneficios, este capital entra en el ciclo Dinero-Mercancía-Dinero, dejando de ser ficticio para convertirse en algo real. No obstante, para conseguirlo siempre depende invariablemente de una base de expectativas que debe construirse socialmente. La gente tiene que creer que la riqueza –los fondos de inversión, las pensiones, los *hedge funds*– continuará aumentando indefinidamente. Asegurar estas expectativas es un trabajo de hegemonía que corre a cargo del Estado, y de su divulgación en los medios de comunicación. Esto es algo que los dos grandes teóricos de la última crisis mundial entendieron muy bien: resulta instructivo leer a Gramsci y a Keynes a la par. Puede que haya procesos objetivos que bloqueen la devaluación o frenen la incorporación geográfica; pero el sistema también es vulnerable de un modo peculiar a las incertidumbres subjetivas de un crecimiento disparado del capital ficticio. Keynes estaba obsesionado por la siguiente pregunta: ¿cómo se pueden sostener los espíritus animales de los inversores? Es precisa una tremenda batalla ideológica para mantener la confianza en el sistema; en ella, la actividad del Estado es de suma importancia, no hay más que pensar en el papel de la Reserva Federal durante la década de 1990. Alguién que ha escrito satisfactoriamente sobre esto, en una vertiente no económica, es Žižek. Así pues, las tres explicaciones no resultan mutuamente excluyentes: es necesario reunir las bajo el signo de un nuevo impulso hegemónico. Se trata de un sistema que ha resistido los choques provenientes del Este asiático y del *Long-Term Capital Management*; sin embargo, en cada ocasión ha sido por los pelos. Nadie puede predecir lo que durará.

Sin embargo, si bien la adaptabilidad del capitalismo es una de sus armas fundamentales en la lucha de clases, no deberíamos infravalorar la enorme ola en su contra que continúa generando. Esta oposición se encuentra fragmentada, a menudo fuertemente atomizada, y es infinitamente diversa en términos de objetivos y métodos. Tenemos que pensar en modos que ayuden a movilizar y organizar esta oposición, tanto la real como la latente, de forma que se convierta en una fuerza global con una presencia global. Las señales de la confluencia están ahí: no hay más que pensar en Seattle. En el plano de la teoría necesitamos encontrar un modo de identificar cosas comunes dentro de las diferencias para desarrollar una política que sea genuinamente colectiva en sus preocupaciones, aunque sensible a aquello que se mantiene irreductiblemente distinto hoy en el mundo, especialmente las distinciones geográficas. Ésta sería una de mis esperanzas clave.